

# LA HUIDA DEL SEÑOR CARRILES

CARLOS ELORDI

El martes a las siete de la tarde más de cien periodistas apiñados en el salón Carlos V del Ministerio de Hacienda hacían las veces de 35 millones de españoles que esperaban ansiosos unas medidas económicas que el Gobierno no había sido capaz de publicar tras el Consejo de Ministros del pasado viernes 18. Se habla dicho que el propio presidente Suárez se iba a dirigir a la nación para explicar las intenciones del Gobierno en la materia; no hubo conferencia televisiva y la explicación quedaba ceñida a la esperada conferencia de prensa. Allí los profesionales de la información se vieron nuevamente defraudados: el ministro de Hacienda, Eduardo Crriles, leyó un encendido opúsculo de buenos o malos propósitos, carentes de la mínima concreción práctica y cuando llegó la hora de eso tan importante que es la ronda de preguntas se levantó de su silla con un "muchas gracias" que dejó boquiabiertos a los periodistas. El Gobierno no quiere hablar de economía y, lo que es peor, porque no tiene nada que decir.

De programa de actuación económica califica el Gobierno un conjunto de puntos, que no de medidas, que abarcan en tono estrictamente declaratorio un amplio espectro de temas más o menos relacionados con la crisis económica. Pero un análisis somero, al alcance de aquellos españoles que sepan desbrozar el duro terreno de las expresiones jurídicas y técnicas, demuestra que de lo que precisamente carece el texto presentado por el señor Carriles es de un contenido programático que no sea el meramente electoral hecho de palabras y más palabras. Quienes esperaban, y esos quienes eran todo el país, soluciones concretas a la inflación, al paro o el déficit exterior, habrán comprendido rápidamente que nada de eso hay en el pretendido programa.

Hace algunos años una actuación de este tipo, lo que algunos han calificado de intento de engañar a la opinión pública, habría pasado casi inadvertido. La prensa, siguiendo fielmente lo que con su forma de actuar pretendió el ministro de Hacienda, habría reproducido el texto oficial y escasísimos habrían sido los comentarios desfavorables. Pero eso de la predemocracia de la que no está haciendo ninguna gala el talante del Gobier-

no en el terreno de la política económica, es algo más que un propósito: es una realidad en la forma de pensar, y de exigir, de muchos españoles. Y la prensa, con sus inevitables excepciones, es reflejo de esta situación.

La incalificable escena del salón Carlos V ha sido innegablemente un acicate para que la prensa afinara su intención crítica respecto a las medidas del Gobierno. Y por vez primera, junto al unánime rechazo de economistas de distintas orientaciones, los editoriales de los periódicos han dicho su no de forma bastante generalizada: con la economía no se juega y menos con los malos modos con que lo hace el Gobierno.

Porque es casi un juego de niños, si no fuera por lo dramático de la situación, el cuadro macroeconómico que el Gobierno ha presentado y que constituye la clave del tema. Es un juego de niños en un terreno tan serio y preciso como son las cifras y la contabilidad. Es relativamente sencillo adivinar la actitud con que el Gabinete Suárez ha abordado su confección: la crisis económica es seria, pero los objeti-

vos políticos electorales priman en el escenario del país. Para poder llevar adelante el programa político emprendido es necesario presentar una situación más o menos de rosas.

Este ha debido de ser el razonamiento. Desconocemos si algún ministro llegó a preguntar, a lo mejor humildemente, ¿y si no se lo cree nadie? Si lo preguntó, muy probablemente fue abucheado. Y el resto de los miembros del Gabinete siguió jugando con las cifras en un irreal rompecabezas del que alguno, a pesar de todo, se sentirá orgulloso. En un cuadro adjunto a estas líneas publicamos el famoso cuadro ya completo. Vayamos ahora a las preguntas sobre el mismo. El producto interior bruto, a los precios de mercado, va a crecer un 3,3 por 100, tal y como se preveía (la reseña del Consejo de Ministros del viernes citaba el crecimiento del PIB al coste de los factores que, en las previsiones, crecerá un 3,5 por ciento).

La clave de este crecimiento va a ser la inversión pública y la formación bruta de capital, esto es, el esfuerzo inversor, que lo hará en un

3 por 100. El sector público, tanto a través del consumo como de la inversión, se configura como decisivo en el esfuerzo reactivador que propone el Gobierno.

Porque el consumo privado que sin duda alguna ha sido el factor que, a los bajos niveles en que se ha mantenido, ha sostenido el crecimiento del PIB en los últimos tres años (cuando la formación bruta de capital descendía un 2,5 por 100 en 1975 y un 1,4 por 100 en 1976) va a crecer por vez primera menos que el producto interior: tan sólo un 2,6, tasa sin embargo muy similar a la de los últimos años.

Si se hubiera dignado a dialogar con los periodistas, el señor ministro de Hacienda habría tenido que contestar a una pregunta parecida a ésta: ¿cómo van a conseguir ustedes que la formación bruta de capital suba un 3 por 100 si durante los últimos años no ha hecho más que descender y si las previsiones de la inversión privada hacen pensar, en el mejor de los casos, en un crecimiento del 1 ó 1,5 por 100? El señor ministro habría contestado inmediatamente que para eso estaban los 50.000 millones de pesetas

PREVISION DEL CUADRO MACROECONOMICO DE 1977

	1976		1977			
	Miles de millones de pesetas (1)	Tasas de crecimiento real	Miles de millones de pesetas de 1976	Precios	Tasas de crecimiento monetario	Miles de millones de pesetas de 1977
Consumo privado .....	4.830,1	2,6	4.955,7	16,9	19,9	5.791,3
Consumo público .....	690,7	4,5	721,8	16,5	21,7	840,6
Formación bruta de capital .....	1.624,4	3,0	1.673,1	14,4	17,8	1.913,5
Demanda interior .....	7.145,2	2,9	7.350,6	16,2	19,6	8.545,4
Exportación de bienes y servicios .....	917,7	6,5	977,4	14,1	21,5	1.115,0
Importación de bienes y servicios .....	1.219,3	3,0	1.255,9	10,0	13,3	1.381,5
Saldo neto exterior .....	-301,8		-278,5			-266,5
PIB a precios de mercado .....	6.843,6	3,3	7.072,1	17,1	21,0	8.278,9
Sector primario .....	569,0	3,0	586,0	13,2	16,6	663,0
Sector secundario .....	2.428,0	4,2	2.529,0	14,0	18,7	2.283,0
Sector terciario .....	3.497,0	3,1	3.606,0	17,5	21,2	4.238,0
PIB al coste de los factores .....	6.494,0	3,5	6.721,0	15,8	19,9	7.784,0

(1) Previsión INE del 29-XI-1976:  
Crecimiento de las disponibilidades líquidas en un 21 por 100.  
Crecimiento del crédito al sector privado alrededor del 23 por 100.

de inversión pública adicional a la establecida en el presupuesto para 1977. Otro periodista le habría preguntado entonces de dónde iban a salir esos 50.000 millones de pesetas, y el señor Carriles probablemente habría contestado que ya se vería el viernes 25; ese día el Consejo aprobaba un crédito extraordinario con este fin. Más adelante sufrimos las consecuencias inflacionistas de este crédito.

No quedarían satisfechas ahí las dudas, porque habría que reflexionar sobre el efecto que tendrían esos 50.000 millones: repasando el cuadro adjunto se nota una evidente contradicción. La formación bruta de capital pasa de 1.624.000 millones de pesetas en 1976 a 1.913.000 millones en 1977; una diferencia de casi 300.000. Los 50.000 de la inversión pública son sólo una sexta parte, y ello sería también discutible, puesto que si bien el señor Carriles anunció que esta inversión adicional no sólo ha de ser contratada, sino también ejecutada en 1977, existen todas las dudas, y razonadas, de que ello pueda hacerse, a menos que esa inversión pública se centre en proyectos de realización relativamente rápida como puede ser el colocar asfalto en todas las carreteras de la red radial, cuyo efecto multiplicador sobre la actividad es totalmente discutible.

Pero supongamos, y repetimos que es mucho suponer, que efectivamente se va a acometer esta sexta parte de la inversión necesaria para que la formación bruta de capital crezca un 3 por 100. ¿Y las otras cinco sextas partes? La inversión privada que habría de ser la encargada de cubrir las no la va a hacer, en esto coinciden todos los observadores: no existen perspectivas de aumento de beneficios, sigue sin aparecer la confianza empresarial, tanto en el plano económico como en el político y en el social, y esas inversiones públicas, volvemos a la dificultad de acometer en tan corto espacio de tiempo proyectos de alto efecto multiplicador de la actividad y de la inversión privada, van a cambiar muy poco este clima.

En resumidas cuentas, todo el esquema, ese juego de niños del que hablamos, se cae por su base: si ésta es la formación bruta de capital, tanto en el cuadro sobre en sus efectos económicos al influir en el crecimiento de los restantes capítulos, ¿en qué quedan las previsiones del Gobierno? Sencillamente, en un lema electoral que una vez superadas las elecciones habrá que cambiar de raíz o que se encargarán de cambiar los resultados económicos de finales de año.

Parecidas consideraciones habría que hacer al crecimiento del consumo público: ¿de dónde va a salir el dinero para cubrir la diferencia entre las previsiones de crecimiento monetario del 21,7 por 100 y lo establecido en el presupuesto? El ministro de Hacienda habría contestado a nuestro imaginario encuestador que para eso están las medidas fiscales que se contemplan en el programa. Y cuando el

periodista acudiera a repasar los ocho puntos del programa fiscal, se daría cuenta que no existe una sola medida concreta en este terreno.

Se habla de someter a información pública hasta de los partidos políticos legalizados "el" proyecto de reforma fiscal, de revisar las exenciones, bonificaciones y desgravaciones tributarias, de revisar la política de subvenciones, transferencias y acciones concertadas, de capítulos, en suma, planteados de forma tan general y abstracta que es muy difícil saber, primero cómo van a ser abordados y segundo cuáles van a ser los resultados efectivos: y los que hoy más preocupan son el aumento de la recaudación en el paraiso fiscal, que para las clases más potentes significa España, y la redistribución de la riqueza.

En la política económica a corto plazo poco efecto van a tener. Y si el consumo público aumenta en la medida prevista, lo hará a costa de habitual déficit, que no hará más que alimentar la inflación.



Don Eduardo Carriles y los periodistas: había muchas preguntas que hacer y ninguna fue atendida.

El impresionante aumento del precio de la gasolina, decidido el viernes 25, puede que cubra, a costa del pueblo, estas necesidades del tesoro público, puesto que el objetivo de la medida es exclusivamente recaudatorio.

Con una actitud maximalista se podría asegurar que se mantienen inalterados todas las dudas, los defectos, y los problemas que gravitan sobre el sistema económico y que ninguno de los estrangulamientos típicos de la política económica han sido superados. La declaración de que el modelo de 1959 está caduco, hecha por Eduardo Carriles, podrá a lo sumo complacer, y poco, a quienes lo vienen asegurando desde hace muchos años. Pero cambiar ese modelo requiere una decidida actitud política de hacerlo y este Gobierno no la tiene.

Y si los problemas se mantienen, entre ellos la inflación sigue ocu-

pando el primer plano. La reactivación moderada que ha escogido el Gabinete Suárez —luego, dentro de algunos meses, veremos qué clase de reactivación sale, si las dudas que hemos expuesto se confirman— tiene también su víctima: los precios. Necesariamente tienen que subir: en el cuadro macroeconómico se prevee una subida de los precios al consumo del 16,9 por ciento. Lo cierto es que van a tener que subir mucho más, probablemente hasta batir el record del 19,7 por 100 de 1976. "Es el precio que hay que pagar en la lucha contra el paro", que diría un demagogo.

Lo cierto es que frente a la inflación, y dentro de su catálogo, el Gobierno sólo prevé tres tipos de medidas: controlar los precios de los productos básicos incluidos en el Decreto de 26 de noviembre de 1976, en primer lugar. Eso es decir poco, entre otras cosas, porque la función de ese Decreto, plenamente en vigor, es precisamente con-

favor que el Gobierno hace a los Bancos.

El último gran tema del cuadro macroeconómico es el sector exterior. Las importaciones sólo crecerán en un 3,0 por 100 y las exportaciones lo harán en un 6,5. Mejorará el déficit exterior, dice el Gobierno. Para ello hace una previsión inaudita en los cánones de la política comercial española y es que las importaciones van a crecer menos que el producto interior bruto. Sencillamente inconcebible. Y por contra se hacen excelentes previsiones en el terreno de las exportaciones: ¿pueden mantenerse estos objetivos cuando los precios de venta de los productos españoles en el extranjero van a crecer gracias al renovado impulso de la inflación interior y cuando las previsiones de crecimiento de las economías nacionales de nuestros principales compradores son notablemente inferiores a ese 6 por 100? Nuevamente aparecen las dudas.

Frente a ellas un nuevo abanico de pequeños apoyos: instrumentar la financiación prioritaria de las exportaciones y agilizar la desgravación fiscal. Y para reducir importaciones se establece un conjunto de propósitos que si se abordan con el esfuerzo necesario —lo cual no va a ocurrir, puesto que será costosísimo—, empezarían a dar fruto como pronto dentro de tres o cuatro años.

Y mientras tanto los exportadores piden una devaluación de la peseta del 15 por 100 para cubrir ese descenso de competitividad que ha supuesto el crecimiento de la inflación española y de sus precios, argumentando que nuestra moneda sigue bajando en los mercados de capitales.

Al programa le faltan demasiadas concreciones. Pero el problema no es tanto la concreción de una serie de medidas —cuya trascendencia no puede negarse en el terreno laboral, especialmente en lo relativo a la flexibilización de plantillas, regulación de la huelga, etc.—. La orientación general está clara: el cuadro macroeconómico del Gobierno, su política económica, si así, con mucha buena voluntad, se la puede calificar, persiguen el objetivo de tranquilizar a la opinión pública, y especialmente a "su" opinión pública de cara a las elecciones. De ahí la reactivación, moderada en la definición gubernamental y probablemente escasa en la realidad.

No se va a la austeridad porque eso sería peligroso de cara a la imagen del Gobierno; se evitan las congelaciones salariales porque producirían conflictos (a cambio de ello se otorga a los empresarios la posibilidad de flexibilizar plantillas); se aleja, por ahora, el espectro de la devaluación por sus efectos psicológicos. Y una vez desbrozado el camino de todos estos "males" lo único que queda es la duda. O tal vez la seguridad de que las cosas van a ir a peor. Se comprende así la prisa del señor Carriles al huir de los periodistas. Y se comprende también el rechazo generalizado de sus propuestas. ■

trolar los precios: se podría comentar que ya lo sabíamos. Pero además se podría constatar la inutilidad de la lista de productos básicos, cuyos precios han subido lo que buenamente han querido. En su momento se dijo que las experiencias de control de precios habían sido siempre negativas. Ahora puede ser la ocasión de repetir.

La segunda medida "antiinflationaria" es mantener el crecimiento de las posibilidades líquidas monetarias en un 21 por 100, y la tercera mantener el crecimiento del crédito al sector privado en un 23 por 100.

Las tasas significan una cierta contención, pero no van a resolver la inflación ni aliviarán las tensiones de liquidez que sufren muchas empresas; la incógnita radica en otra medida, la flexibilización de los tipos interés que sin más especificaciones, da la impresión de ser un